

BICENTENARIO DE LA REVOLUCION DE MAYO: historia, memoria, valores

Dr. Alejandro Simonoff¹

¿Por qué debemos recordar el Bicentenario de la Revolución de Mayo? Creemos importante hacerlo desde la reflexión, preguntándonos de los por qué y los para qué de estos festejos.

Lo primero que debemos apuntar es que el hecho que no nos puede parecer una novedad que un Estado-Nación moderno constituya una serie de celebraciones civiles para legitimar su accionar, pero que también desde la sociedad surjan resignificaciones que les aportan otros sentidos.

Por eso nos planteamos que estos eventos deben ser pensados desde la memoria. Porque ésta tiene un lugar principal en la conformación de la identidad, no solo individual sino también colectiva. La tenemos que preservar sobretodo en una sociedad que ha hecho del olvido, o mejor dicho de una forma de recuerdo selectivo, una constante.

Muchos señalan que la culpa de esta situación es de los historiadores, los docentes, los políticos, los comunicadores, etc. Pero el problema no está allí sino precisamente en la conmemoración, en el agregado de la memoria. Nuestra sociedad actual, y no nos referimos sólo a la Argentina, no se caracteriza por poseerla, ésta dura lo mismo que un videoclip. En nuestro caso la situación se agrava por los programas en que se enseña nuestra historia, resabios de una educación enciclopedista y obsoleta que respondían a una sociedad que ya no existe.

Es una historia plagada de sucesos, donde no existe prioridad de unos sobre otros. La proliferación de datos sin sentido ni jerarquización, lejos de informar lleva a un desconocimiento de nuestra historia. Esto último constituye el índice más notorio de nuestra fragilidad como Nación.

¹ Coordinador del Centro de Reflexión en Política Internacional del Instituto de Relaciones Intencionales de la UNLP

Y si a esto le sumamos el hecho de que nuestra historia está dividida en héroes y villanos, según quien nos la cuente, y dejando en un segundo plano las cosas realmente importantes. Nuestros héroes, o villanos, nos son mostrados, y los mostramos, como si fueran esas estatuas de bronce que lo representan y no de carne y hueso, son personajes sin pasiones, ni sueños. Son esos rasgos tan humanos por los que son valorados y no su ausencia.

Este proceso de canonización realizada por las efemérides nacionales producen ídolos de piedra y no simplemente hombres extraordinarios.

Y ese es el problema central: nuestra historia no es “la de los hombres en el tiempo”, como dijera Marc Bloch, sino la de la gente de mármol que encontramos en los pasillos, en las aulas, en los despachos públicos, siempre con una mirada atenta y severa y a los que en determinadas fechas hay que recordar porque así lo indica el calendario.

Esta historia inmóvil debe ser puesta a rodar y repensada constantemente, ya que el pasado sigue teniendo muchos efectos sobre nuestra sociedad y es una forma de contribuir a pensar otros futuros posibles.

Con esto no queremos decir que el pasado deba amoldarse a nuestro presente sino restituirle su derecho único e irrevocable de una indeterminación que se proyecte sobre nosotros y nos traspase hacia el futuro.

Porque, más allá de disputas historiográficas, los Sucesos de Mayo constituyen el hecho primigenio de nuestra Nación y llevan consigo los valores que hace que la queramos, la respetemos y la defendamos.

La Revolución de Mayo fue un proceso histórico pero también un sueño que intentó plasmarse en la realidad. Eran sueños de hombres ilustrados, como Mariano Moreno, Manuel Belgrano, Juan José Castelli, quienes en el Cabildo Abierto del 22 reclamaron su derecho a ser soberanos ante la proclamación de un rey legítimo y la generación del movimiento juntista en España.

Pero para que esa soberanía fuese efectiva era necesario poner en vigencia otros valores como la Libertad y la Igualdad, y no encuentro mejores palabras para definir estos términos que las propias de esos hombres cuando en los fundamentos del Decreto de Suspensión de Honor, decían:

La libertad de los pueblos no consiste en palabras, ni debe existir en los papeles. Cualquier déspota puede obligar a sus esclavos a que canten himnos a la libertad; y éste cántico maquinal es muy compatible con las cadenas y la opresión de los que la entonan. Si deseamos que los pueblos sean libres, observemos religiosamente el sagrado dogma de la igualdad...

Desde ese momento esos valores son el germen de nuestra Democracia, acompañaron a nuestra Nación no sin intensas luchas para reafirmarlos a lo largo de estos doscientos años.

Pero los festejos se ajustan a los tiempos. Pensemos, por ejemplo en los fastos del Centenario, cuando estos se orientaron más a la ponderación de la *Representación de los Hacendados* que al *Plan de Operaciones* de la Junta. Esa situación tiene sentido, ya que esos eventos estuvieron marcados por el modelo oligárquico de la Argentina de ese entonces.

No resulta extraño que esos grupos ponderasen la división internacional de trabajo que produjo el liberalismo económico decimonónico bajo la batuta inglesa y el rol que le cabía a la Argentina dentro de él, pero como sabemos todos sus logros están teñidos por la exclusión tanto política como económica, para no hablar de la aniquilación de los pueblos originarios.

Aunque también la conmemoración en aquel momento tuvo un lugar privilegiado para la consolidación de una Nación que recibía a hombres y mujeres de distintos lugares del planeta que venían en busca de mejores horizontes, aunque no todos los encontraron.

Pero lo que si resulta incomprensible es como hoy el Centenario es alabado. Quienes lo siguen reivindicando nos siguen mostrando una especie de edad dorada de la Argentina, desconociendo, o tal vez debemos decir mejor ocultando -vaya a saber con que fines-, la exclusión que era inherente a ese modelo.

Por eso hoy debemos plantearnos esta conmemoración desde aquellos valores de la Revolución de Mayo –como la Soberanía, la Igualdad y la Libertad, y porque no la Democracia misma-, no sólo una declamación sino como un compromiso permanente.

Desde 1810 mucho se ha luchado para defender y hacer de esos sueños una realidad, y hoy, cuando algunos de ellos falta, necesitamos reafirmar constantemente nuestro compromiso con ese pasado, el presente y el futuro, para que los sueños no sean simplemente sueños, sino nuestra realidad cotidiana.